

ANOCHECER EN LA FRONTERA

Podría hacerse un catálogo de ardides contra el celo de las vistas, matronas y demás gentes de aduanas y fielatos. O acaso exista ya, como texto confidencial en las escuelas preparatorias de estos agudos inspectores. Claro está que una trashumancia como la de ahora debe hacer imposible la investigación total y habrá que recurrir al muestreo, si no a diezmar al buen tuntún como en las locas represalias de una guerra. O echarle mucha psicología al asunto. Sí, esto debe ser lo principal. Hay detalles que confieren a un individuo aire de respeto. En una película policiaca que no sabré indicar por su nombre, el director apartaba de un personaje las sospechas con sólo colocarle un aparato para sordos. Y al final resultaba ser "el malo". Por esto los vigilantes se fijan mucho en las prótesis inocentes, tanto las físicas como las morales. Y desconfían -por si son falsos- de los entusiastas de la filatelia, la canaricultura, la taxidermia y el esperanto, precisamente porque los verdaderos son, como los sordos enterizos, gente de mucho fiar. Y no digamos, los lectores de poesía. Con un libro en la mano, sereno, displicente, bajó del barco, en no sé qué puerto de los Estados Unidos, un pasajero. El libro era de versos. Son escasos, por desgracia para la república -entiéndase, por favor, el sentido-, los amantes de tan delicado manjar. Pero entusiastas. El viajero encontró al momento su alma gemela. Se alojaba en un cuerpo fornido, reforzado aun en los gimnasios de la policía de Chicago. El agente se acercó al preciado objeto. Lo examinaba con fervor. Osó abrirlo, al fin. Y resultó que en el lugar de las tiernas intimidades o de la vibrante oda, algo pretendía colarse de rondón... El policía-poeta cumplió con su deber (de policía), probablemente con mucha amargura.

Y el que, aparte los contrabandistas verdaderos -los matriculados, como quien dice-, todo ciudadano, lo confiese o no, conoce la secreta alegría de esas pequeñas defraudaciones que no quitan ni ponen fortuna, pero, dan a los viajes un poco de color. Conozco algún contribuyente escrupuloso para las cifras grandes -que ya es conocer-, el mismo que se pirra por pasar de matute unas botellas que no devengarían más de diez duros. Debe ser fisiológico, pues lo desdeñan, los libros de patología: esos que, sin embargo, se ocupan de las millonarias cleptómanas que gozan mucho afanando un paquete de alfileres.

Yo le he echado meditaciones al asunto y creo que la culpa es de las novelas, y más aún de las películas, lo mismo de pantalla panorámica que de la pantalla pequeña, El tejemaneje de las fronteras se ha Impregnado de un tinte de aventura. Todo el que echa mano de un pasaporte se siente -confusamente- protagonista. Y más cuanto lejana sea la geografía. ¿Pero me creerán si les confieso que a mí me pasa incluso en

Verín?

Verín es una pulcra villa galaica donde corre el tiempo como en cualquier otro lugar reunidor de cinco o seis mil almas; con juez, a cuya señoría Dios guarde; con secretario, médico forense, inspector de higiene pecuaria, registrador y notarlo; surtida de cafés, dentistas, almacenes de jamones, fábrica de gaseosas, taller de pirotecnia, ferreteras. Pero Verín, además, limita rigurosamente con el extranjero. No importa que el extranjero sea Portugal, más hermano que vecino, más íntimo que espectacular. Lo cierto es que uno anda por las calles, tranquilamente, y de repente se tropieza con una aduana -que del otro lado se llamará alfándega, y ya no puede seguir adelante. Es una coacción que aviva el deseo, como excita la sed una fuente que, si no prohibida, se administra por regla y turno.

Yo no estoy nada seguro, de que, entre Verín y Chaves -o viceversa- haya cruzado alguna vez un microfilme secretísimo, ni un diamante catalogado y famoso, ni siquiera -que también hace cosmopolita- un paquete de revista sicalípticas. (De repente creo haber escrito una palabra que ya nadie usa.) Pero a mí me gusta aquí, entre las dos luces del anochecer, imaginar apasionantes historias de espionaje y amor, contrabandos riquísimos.

Por esto me ha dado mucha rabia, en el periódico de hace unos días, cierta noticia desmitificadora y cruel:

"En el punto denominado Molino de Feces de Abajo, una pareja de la Guardia Civil de Verín echó el alto a dos hombres que marchaban hacia la frontera con unos bultos a la espalda, incautándose 31 pares de zapatillas de señora y de caballero, 10 gorras, tres barajas de póker, nueve metros de pana negra y otros tantos de color de paja."

.... No, hay cosas que no debieran salir en los papeles.

Antonio PEREIRA